

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA  
DEL  
**HOGAR** 170



**FIFI D'ORSAY**  
EDICIONES BISTAGNE

**¡Quizás... tal vez...!**



WHITMAN, Phil  
Y D'USSÉAU, Leon

**La Novela Cinematográfica  
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 170

ESTALITAT DE LA BIBLIOTECA

**¡QUIZAS... TAL VEZ!...**

Interesante producción americana interpretada  
por la gentilísima FIFI D'ORSAY, Paul

*The Girl from Calgary* 1932

Es un film MONOGRAM

Exclusiva de

**BALART Y SIMÓ**

Aragón, 249

BARCELONA

Postal-regalo: EDWARD G. ROBINSON

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

kelly

Prohibida la  
reproducción

## ¡QUIZAS... TAL VEZ!...

### Argumento de la película

Se celebraba la fiesta mayor en la población de Calgary. El estadio se hallaba invadido de entusiasta muchedumbre. Hubo numerosos concursos y desfiles hasta que el speaker anunció:

—Señores: La primera participante en el campeonato femenino de potros salvajes la patrocina el Cabaret Ambulante. Como todos sabemos, esta joven amazona es una cantionista. Y si monta a caballo tan bien como canta, de seguro se lleva el premio.. ¡Atención! La señorita Fifi Folllette, saldrá ahora montada en “Veneno”.

Poco después apareció en la magnífica pista, la bella Fifi, montada en soberbio caballo. Este

era fiero y no conocía todavía el poder de la doma, y aunque Fifi intentó sostenerse hábilmente sobre la silla, no pudo evitar ser despedida a alguna distancia, con grave riesgo de su físico...

Corrieron a auxiliarla numerosas personas, entre ellas los jóvenes neoyorquinos, Larry y Monty, el primero modesto agente de publicidad que



*Corrieron a auxiliarla...*

buscaba a una artista que le diera fama como descubridor de estrellas, y periodista el segundo.

Fifi apenas se hizo daño. Sólo se quejaba débilmente de la región posterior... Y se alejó del estadio entre ovaciones, correspondidas por ella con deliciosa sonrisa.

Monty, que tenía buenas relaciones en Calgary, le dijo a Larry:

—No te impacientes. Esta noche te presentaré a ella y a media docena más. Y verás lo que es canela fina.

Fifi actuaba en un modesto cabaret. Aquella noche la aguardaba un gran gentío. Ni Larry ni Monty faltaban.

—Queridos clientes, atención—advirtió el encargado—. Esta noche, nuestra Fifi está un poco atropellada. Pero no les defraudará. Al contrario, estrenará una nueva canción... Conque a abrir los ojos... y animarse... que aquí está Fifi.

Y se presentó aquella muchachita morena, vivaz, de ojos picarescos, cabello negrísimo y cuerpo de bailadora que se movía con una gracia espontánea y genial.

De un lado a otro del salón, deteniéndose ante las mesas, bromeando con los parroquianos, comenzó a cantar:

*Quizás... tal vez...  
Me estoy enamorando..  
Por ti haré yo esto...  
Por ti haré yo aquello...  
Quizás... Tal vez...  
Tanto te querré yo  
Que te quedarás. ¡Oh! ¡oh!  
Quizás.. Tal vez...  
Unas cosas verás  
Que no viste jamás.  
De amor y de besos  
¡Qué sabes tú de eso!*

*Te haré más dichoso  
Que lo fuiste nunca...  
¡Quizás!... ¡Tal vez!...*

Mientras actuaba, Monty hacía elogios de ella.  
—Larry... como esa mujer hay poquísimas en el Broadway... Agárrala... Llévatela... ¡Puede hacerse un dineral con ella!

—Sí.. sí... pero no me atrevo.

—No seas tímido. Iremos a verla.

Cuando Fifí acabó, la llamaron a su mesa, y ella, dispuesta siempre a alternar con la clientela, se presentó en compañía de Mazie, otra amiguita muy linda.

Hablaron los cuatro y pronto simpatizaron extraordinariamente. Larry no se atrevía aún a manifestar el deseo de llevársela a Broadway, y así, hablando de cosas indiferentes y risueñas, con esa charla trivial de la juventud que pasa alegremente las horas, transcurrió gran parte de la noche...

Era hora de marchar y Monty las invitó a acompañarlas en coche. Larry le dió una mirada de censura... ¿Por qué aquellos gastos si casi no tenían dinero? Pero tuvo que ceder y las dos parejas se acomodaron en un taxi hacia la dirección que ellas indicaron.

Larry, ante la hermosa Fifí, comenzó a sentirse verdaderamente interesado, no sólo como agente de publicidad, sino como enamorado de ella.

—Hablo en serio... Con lo que usted tiene y

mi talento, la haría una estrella... No se imagina lo que puede dar de sí.

Monty intervino:

—Estoy viendo que le cuéntas cómo hiciste estrella a Katherine Miller...

—Le puse patines para que no se estropearan los pies.... ¿Y el baño de leche que le di a Gaby Parker?

—Lo necesitaba.

Exageraba la nota y parecía demostrar tener una influencia decisiva.

—¡Oh!... quizás... tal vez...—decía Fifí, alegramente—haga usted eso por mí. Pero yo no soy más que una principiante...

—En teniendo el dinero necesario, lo demás es fácil. Por ahora, tengo diez dólares... Pero no se preocupe... Déjeme a mí la cuestión financiera... ¿Eh? ¿Dónde estamos?

Se hallaban muy lejos de la ciudad, ante una casita de sencillo aspecto que bordeaba la carretera.

El coche se detuvo.

—¡Oh, estoy avergonzada!—dijo Fifí—. Mazie y yo vivimos tan lejos de la ciudad...

Larry se sintió disgustado, pero no tuvo otro remedio que pagar los nueve dólares que marcaba el taxi. Y como no les quedaba para la vuelta, tuvieron que despedir el taxi y se dispusieron a regresar a pie.

Pero Fifí y su amiguita, riéndose de la situación de aquellos protectores en quienes aun no creían demasiado, les propusieron:

—Estarán ustedes cansados, ¿verdad?

—Lo estaremos...  
 —Quizás quisieran dormir aquí, en casa...  
 —¿De veras?  
 —Sí.. Hay dos camas muy blandas para ustedes... en el establo.

¡Qué remedio les tocaba! Ellas vivían en una casucha en la que no había más que una habitación para dormir, y los jóvenes se vieron en la precisión de aceptar aquel ofrecimiento, yéndose a descansar en la compañía ingrata de varios animales domésticos.

Antes de dormir hablaron de nuevo de las probabilidades que tenía Fifí de triunfar en Broadway, y acordaron hacer todo lo posible para llevarla a Nueva York. Además, Larry sentía que un interés muy fuerte le unía ya a la canzoneta.

Y bajo esas perspectivas de gloria se durmieron, no pareciéndoles tan duro el ingrato lecho en que tuvieron que reposar.

\* \* \*

Al día siguiente, las dos amigas les obsequiaron con buen desayuno, y entre los cuatro convinieron el plan para marchar a Nueva York.

Mezie quería ir también y Fifí ya soñaba con ser una de aquellas estrellas que brillan con luz deslumbradora en las noches de plata de Broadway.

Pero Larry, con el deseo de dar una nueva personalidad a Fifí, de adornarla con un título que la hiciera destacar de la simple categoría de aspiranta, fué a visitar a varias personalidades de la población a fin de que nombrasen

entre las muchachas una miss Calgary que fuera la representante de la ciudad en un concurso de belleza que se iba a celebrar en Nueva York.

Mucho le costó que accedieran, pues no eran gente a quien gustasen esas exhibiciones. Pero acabaron por aceptar la proposición de Larry y éste interpuso toda su influencia para que, tal como sucedió, se llevase la artista Fifí el preciado título de Miss.

—¡Enhorabuena, Miss Calgary!... Todos los miembros del Jurado han votado por usted... y permitame felicitarla personalmente.

Agradeció Fifí alegremente la designación, dispuesta a vivir una existencia de ensueño en Nueva York.

Y un buen día, entre ovaciones delirantes salió de Calgary, acompañada de sus amigos... Desde la ventanilla saludó a los que la despedían y que reían de la nota exótica que daba la joven al tener en la ventanilla contigua a la suya, un oso domesticado que parecía saludar también. Todo ello era obra de Larry que comenzaba su campaña de publicidad para llevar a la artista a la cumbre de la fama.

De esta manera entraron en Nueva York y pronto las excentricidades de la linda Fifí hicieron fijar la atención pública en ella.

Celebróse el concurso de belleza en la que ganó el título otra beldad regional, pero ello no fué óbice para que en todas partes destacase Miss Calgary entre las más simpáticas concursantes.

Una bien orientada campaña de publicidad fué

haciendo surgir el nombre de Fifí, y Larry estaba contento de su éxito. Ahora sólo faltaba encontrar una contrata para la artista. Y un buen día en compañía de Fifí se dirigió al despacho de Earl Darrell, famoso empresario, de que él decía ser íntimo amigo cuando en realidad no se trataba más que de un conocido vulgar.



*... saludó a los que la despedían...*

—Larry, ¿Crees que todo saldrá bien? —decía un poquitín asustada.

—Ya lo creo...

Pero a pesar de haberse hecho anunciar, Darrell no le recibió en el acto.

—No comprendo. Nunca me había hecho aguardar así...

—Es muy extraño...

—Estará ocupado... El y yo somos carne y uña... Ya lo verás.

A los pocos momentos salió Darrell, tipo adusto de empresario, y sin dignarse apenas saludarles, pasó de largo. Pero Larry disgustado, corrió hacia él.

—¿Puede escucharme, señor Darrell?

—No puedo ahora...

—Es muy importante...

—No me maree, Larry... tengo ensayo.

—Precisamente por eso. Tengo una chica que ni pintada... Gracia... Belleza... Y si viera cómo canta.

—¡Una de tantas!

—¡No... no!... Deje que le muestre cuanto puede hacer y le garantizo que no la deja escapar... Tiene de todo... Viveza, personalidad, encanto. Es una estrella...

—Le digo a usted que no puedo perder tiempo. Adiós.

Y dándole un empujón, se metió rápidamente en el ascensor.

Larry, desconsolado, volvió al lado de Fifí y aunque intentó disimular su turbación, ella le conoció la derrota.

—¡Oh, Larry, no nos ha hecho caso!, ¿eh?

Intentó disimular, pero ella, muy jovialmente, le dijo:

—No me apuro. Tengo confianza en vencer.

—Y triunfarás, te lo aseguro. Vamos a organizar una campaña magnífica de Prensa. Ya verás.

Salieron alegremente. Eran jóvenes, audaces; un sentimiento de amor, aunque oculto todavía en sus pechos, les unía para hacer más llevadero su camino. Triunfarían, ¿qué duda iba a caber?

Se sentían más fuertes que nunca. Vencerían; ella ocuparía un puesto propio en el Broadway y él lograría la fama de ser el más ilustre agente de la ciudad.

\* \* \*

Continuó su campaña original, un poco infantil acaso, pero que constantemente llevaba a los lectores el nombre y las cosas de Miss Calgary.

Publicó gacetillas tan extraordinarias como ésta:

*El agua, el sol y los cosméticos son los enemigos de la belleza.*

*Miss Calgary aconseja los baños de arena para limpieza, disminución de peso y perfección de las líneas del cuerpo.*

Aquel anuncio fué leído por el empresario Darrell en ocasión en que éste se hallaba hablando con Bill Webster, famoso millonario, una de las primeras fortunas de la ciudad y hombre galante y decidido.

—Es cosa de Larry Boyd—comentó Darrell.

—Pues es admirable. Pero lo admirable de veras es la muchacha. Fíjese en el retrato de esa Fifí... Es preciosa.

—No está mal.

—Deseo verla... Llame a Larry. Que esté aquí a las tres con esa joven.

—Voy a telefonearle ahora mismo.

Cuando Larry se enteró de que el más famoso empresario de la ciudad le llamaba, sintió una vivísima alegría. Y con puntualidad de cronómetro, a las tres en punto se presentó en casa del director, convencido de que al fin el éxito iba a mostrarse asequible.

Tuvieron que aguardar. Fifí estaba impaciente. Vencería, ¿o por el contrario habría de abandonar toda posibilidad de triunfo?

Mientras esperaban vieron pasar por la antecámara a Bill Webster, quien, después de envolver en una suave sonrisa a Fifí, penetró en el despacho del empresario.

—¿Quién es ése? ¿El dueño?

—El dueño?—replicó Larry, emocionado—. ¡Algo más! Es el caballo blanco más gordo de Nueva York.

—No entiendo.

—Es el capitalista de las empresas teatrales de Darrell...

—¿Se interesará por mí?

—No lo dudes... Haz todo lo que sepas... Si convences a Bill, el convencer a Darrell es cosa hecha.

Momentos después entraban en el despacho de Larry, y tras una breve presentación, Fifí, después de sonreír a todos y de un modo particular a Larry como si buscara en la mirada de él una fuerza de valor, comenzó a cantar:

*¡Oh, la, la, comment ça va?*

*Era todo su francés.*

*¿Qué iba yo a hacer, pues?*

*Sino sonreír y decir:  
Bonjour, mon petit Lou-lou,  
Tout va bien... et vous?  
Ahora le doy yo lección  
Y aprende con atención.  
Y cómo le gustará  
Que siempre me dice: Más.*

Puso ella tanta gracia y sal en sus canciones, en su gesto, tanta luz en su mirar, tanta sonrisa en sus labios, que Bill y el empresario cambiaron una ojeada de inteligencia. Allí había pasta de artista y el triunfo no sería nada difícil...

Bill la contemplaba con ojos entornados, sintiendo por ella un primer acicate de pasión.

Cuando terminó, Bill la aplaudió fervorosamente y dijo:

—Jovencita.. Si yo fuera el señor Darrell, no titubearía ni un momento.

El empresario que quería estar siempre bien con su protector, se apresuró a decir:

—Es exactamente lo que pensaba. Ahora mismo vamos a firmar contrato provisional.

Fifí firmó un contrato ventajosísimo. Estaba radiante de satisfacción. Miraba a Larry con ojos en los que brillaba la gratitud.

Bill se levantó y dijo:

—Amigos... Vamos a celebrarlo a mi casa... Hay que festejar el descubrimiento de la nueva y maravillosa artista... Esta noche daré una fiesta en mi palacio y quedan todos invitados a ella. ¿Me promete no faltar, Fifí?

—Se lo prometo... No merezco lo que están ustedes haciendo por mí.

—Eso y mucho más.

Fifí y Larry abandonaron el despacho para ir a casa a cambiarse de traje y prepararse para la fiesta de aquella noche en que Fifí iba a comenzar a conocer los esplendores de la fama.

\* \* \*

La fiesta fué completa. Bill tuvo para Fifí las más delicadas atenciones. Ante todos los invitados brindó.

—Por Fifí... la espuma que alegrará la copa de Broadway.

Días después debutaba Fifí en uno de los más importantes teatros de Broadway. Y el triunfo fué completo; la sala, atestada de público, vibró con un clamor unánime. Quedaba Fifí consagrada como una de las mejores artistas.

Todos la felicitaron, especialmente Larry, que no podía ocultar su emoción.

—Soy tan dichosa—contestaba ella—. Han sido ustedes tan amables... Gracias a todos. Y a usted, señor Bill Webster... que ha sido tan bondadoso también.

Después, aprovechando un momento en que Larry pudo estar a solas con ella, le dijo éste:

—Has triunfado, Fifí. Ya te lo pronosticaba yo.

—Querrás decir: hemos triunfado.

—Ya puedes estar contenta. Acabo de oír que Wally Mitchel va a dedicarte media columna de su periódico...

—Y yo lo estoy... y todo te lo debo a ti.

Entre los que acudieron a felicitarla figuraba Mazie, que la había acompañado a la ciudad, bajo la promesa que le hiciera el periodista Monty que se había prendado de ella, de hacerla triunfar también en algún teatro. Pero la promesa no había pasado de tal, y ahora Larry le indicó que se interesaría para lograrle una ocupación.

La presentó a Darrell, pero éste dió largas al asunto, asegurando que por el momento no necesitaba a nadie más. Pero ella se mantuvo en una dorada esperanza.

Fifí tenía que atender a todos sus admiradores, que la rodeaban como si quisieran enmudecer con el éxito de la artista. Larry se había retirado a un rincón y desde allí contemplaba las felicitaciones que se tributaban a su amiguita.

—¡Subirá mucho! —dijo a su amigo Monty—. Aprovecharé la debilidad humana para hacerla subir más.

Entre los que daban a Fifí la enhorabuena, figuraba un príncipe ruso, auténtico esclavo, quien se inclinó con gran zalamería.

—Encantado... Estuvo usted soberana, señorita. Todos los periódicos dirán que una nueva estrella brilla desde anoche en el firmamento...

—¡Gracias, gracias! ¿Pero es usted un príncipe de verdad? El príncipe de Gales tiene un rancho cerca de Calgary...

Se acercó Bill e invitó a bailar a la triunfadora. Y mientras danzaba con ella un hermoso vals, le deslizaba al oído frases ardientes que

ella intrepretaba únicamente como frases de admiración y de halago, cuando eran en realidad dictadas por una pasión vehemente.

Por un momento una sombra de celos pasó por los ojos de Larry, pero pronto olvidó ese sentimiento para ir a bailar con su amiguita Mazie.

Estaba contento. El triunfo de Fifí le daba a él fama como descubridor de grandes artistas. Seguramente las empresas se disputarían en lo sucesivo a aquel agente que tenía un ojo magnífico para saber escoger.

Después habló con el empresario Darrell, a quien felicitó por haber contratado a Fifí.

—Gracias... Y a propósito —dijo Darrell, con aire de protector—. No hemos hablado aún de un empleo para ti...

—Llega usted tarde.

—¿Cómo?

—Sí... Porque ya dije a su secretaria que me pusiera en nómina.

—Muy bien. ¿Y cuánto puso?

—La mitad de lo que merezco.

—¿Cuánto?

—Doscientos cincuenta.

—Mucho es... Pero, en fin...

Fifí llegóse a ellos y dijo a su amigo, un poco aturdida:

—Larry, ¿qué hago?... Bill insiste en acompañarme a casa... y el príncipe, también. ¿Qué te parece? ¿Lo encuentras mal?

De nuevo la sombra de los celos proyectó su negror, pero rápidamente se desvaneció. Larry

estaba seguro de que ella le amaba. Sólo debía hablar para ser correspondido.

Y lo que le interesaba era que Fifí se abriese camino y no desdeñara los homenajes que la tributaban.

—¿Por qué preguntas eso?

—Pensé que... quizás... tal vez... esta noche no querías que me acompañasen otros hombres...

—¿Qué me importa? Ve con quien quieras que pueda darnos publicidad. Con gente de dinero... con tipos que puedan hacer algo por ti... Eres ya mayorcita e inteligente para saber defenderte.

—Pues entonces... hasta mañana.

Marchó con el millonario, quien, no queriendo dar un golpe en falso, se mantuvo con cortesía y corrección.

Pero aquella salida no fué la única. Todas las noches, después de su actuación, Fifí tenía que aceptar la invitación de Bill, e iban a cenar a los grandes hoteles. Y Larry comenzaba a sentir la sensación del abandono y de una melancólica soledad.

Una tarde en que se encontraba muy apenado y se decía si no habría hecho mal en tolerar todas aquellas salidas y en no declarar de una vez, por una timidez incomprendible, su cariño a Fifí, leyó en un periódico:

#### *Sección de chismorreo*

*Una estrella de la revista que hasta hace poco era una flor silvestre, está rodeada de abejorros hambrientos de su miel... siendo los más notables un eminente financiero y un príncipe ruso.*

Y preocupado, se dirigió al teatro, y en el camarín de Fifí esperó la llegada de ésta.

Al cabo de un rato ella se presentó en compañía del millonario. Larry ocultóse rápidamente, sintiendo el mordisco de los celos. Oyó cómo Bill, acariciándola, decía:

—La pasaré a buscar después de la función... iremos al Richman's...



—No sabía que las cosas estuvieran así...

—¡Oh, esta noche no puedo, Bill!...

—¿Por qué?

—Tengo compromiso de salir con Larry...

—¡Oh! ¡Con Larry! ¡Pues deshágalo!...

No le dió tiempo ella a contestar, porque apareció Larry, quien con gran energía dió:

— ¡No lo deshace!

El millonario le contempló con una sonrisa burlona.

— Larry, no se meta en lo que no le importa...

— Me importa más de lo que se figura.

— Lo siento... No sabía que las cosas estuvieran así...

Y después de acariciar la barbilla de la joven se alejó con una sonrisa.

Fifí miró a Larry con desolación. Incapaz de maliciar de nadie, creyendo que Bill la quería únicamente con amistad fraternal, no comprendió la actitud de Larry.

— ¡Oh, Larry! ¿Por qué hiciste enfadar a Bill? ¿No sabes que es mi gran protector?

— Porque a nosotros no nos manda.

— ¿A nosotros? ¿Qué pensará Bill?... ¡Oh, Larry, me has causado un gran disgusto!...

Y ella lloró, temiendo que Bill, con su influencia, pudiera anular su contrato y su personalidad artística. Mucho trabajo le costó a Larry el que Fifí reaccionara de su disgusto. Pero toda la noche anduvo el agente con una profunda preocupación.

\* \* \*

A la tarde siguiente, el empresario Darrell le hizo llamar a su despacho:

— Larry... Voy a enviarte a Chicago.

— ¿A mí?

— Sí... White necesita un hombre inteligente para la apertura del teatro y he pensado en que nadie como tú...

Larry le miró de frente, como si intentara es-  
cudriñar las verdaderas intenciones del empre-  
sario.

— ¿No le parece que se ha vuelto usted muy  
magnánimo?

— ¿Qué quieras insinuar con eso?

— No insinúo; acuso. A mí no me engaña, Da-  
rell. ¿Cuál es su secreto?

— Pero...

— No soy un niño. ¿Qué hay detrás de todo  
esto?

— Nada... nada...

— Sí, sí... Son cosas de Bill Webster, ¿no?

— En efecto. El te ha recomendado.

— ¡Ah, ah! No es que yo valga gran cosa, pe-  
ro ni usted ni Bill me toman el pelo... ¡No voy!

— Te equivocas, Larry. No es verdad lo que  
piensas...

— No, no me equivoco. Es una artimaña. En  
pocas palabras: Bill quiere alejarme de aquí, a  
causa de Fifí.

El empresario sonrió.

— Esta vez te pasas de listo, Larry... Pero de-  
ja de hacer melodramas y siéntate... ¡Siéntate!

Obedeció Larry a regañadientes.

— Sabes que Bill es una potencia, y sabes muy  
bien que si quisiera deshacerse de ti, tiene mil  
medios para cerrarte el paso en todas partes y  
condenarte a la más absoluta miseria.

— A mí no me importa.

— Oye bien: Bill Webster está enamorado de  
Fifí. Quiere casarse con ella.

—¿Casarse? ¡Mentira! Cuanto más, hacerla su amiga...

—No es verdad. Conozco a Bill desde hace mucho tiempo y nunca le vi así. Es cosa seria.

Sintió Larry una profunda indignación que no se atrevió a manifestar. ¡Ah! El no era más que un amigo de Fifi y no tenía derecho alguno sobre ella. ¿Por qué privarla o entorpecer aquella boda que sería el coronamiento de la gloria de su amiga?

Larry era todo corazón, y permaneció unos momentos meditabundo, pensando en la calidad de su sacrificio.

Continuó Darrell:

—Bill teme que puedas ser un rival. ¿Comprendes? Por gratitud de Fifi o por algo así... En cambio, si te vas de modo que Fifi crea que has roto con ella...

—Pero eso no es posible.

—Reflexiona... Es por el bien de Fifi. Aunque la quieras mucho, debes hacer eso por ella. Bill es millonario. Puede darle todo lo que una mujer ambiciona... mientras que tú...

Largo rato estuvo meditando Larry. La realidad de los hechos le abrumaba. Si él no accedía, Bill le condenaría con su influencia a la miseria. ¿Y qué podría dar entonces él a Fifi? ¿No le despreciaría ésta al verle pobre y abandonado?...

En cambio, sacrificándose, daba a Fifi la seguridad de un porvenir venturoso. Porque el millonario quería casarse con ella...

No vaciló más. Se inclinaría ante lo inevita-

ble. Tal vez más tarde se arrepintiera de lo hecho, pero ahora se dejaba llevar de su sentimentalismo, de su bondad.

—Acepto...

—Gracias, Larry. Mi secretaria te lo arreglará todo.

—Estaba usted muy seguro de que marcharía.

—¡Claro! Ya sabía yo que eras un buen muchacho.

Y le estrechó la mano, que Larry apretó fríamente...

¡Cuánto le costaba aquel sacrificio!... Pero lo haría gustoso por el porvenir de su amiguita, aunque se desangrara su corazón...

\* \* \*

Al día siguiente Fifi recibió esta esquelita inesperada:

*Salgo con rumbo a Chicago y por tiempo indefinido. Estás ya en pleno camino del éxito y no necesitas de mí. —Larry.*

La más viva sorpresa se apoderó de Fifi al leer aquel texto.

—Pero ¿qué significa esto? ¿Cómo se marcha sin verme? No dice nada de si escribirá —indicó a su amiguita Mazie, a la que por fin habían contratado en el teatro.

—Los hombres no escriben nunca. Te dejó plantada; eso es todo.

—Y yo que pensé que me quería, que estaba segura de que no tardaría en declarárseme.

—Ya ves, Larry es un hombre vulgar...

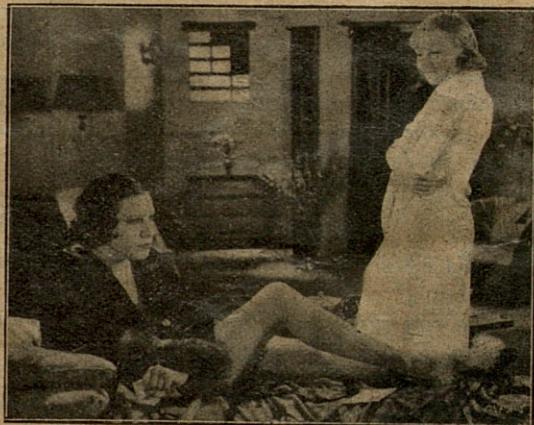
—No, no... Algo extraño ha ocurrido. Voy a telefonear a Darrell... quizás él me informe.

Llamó a su despacho, y la secretaria, previamente aleccionada por Darrell, contestó:

—No sabía que hubiese salido de viaje... El señor Darrell no lo sabe tampoco.

Ella dejó, desconsolada, el auricular.

Mazie intentó calmarla:



—Algo extraño ha ocurrido...

—¿Con todos los millonarios de Nueva York a tus pies, vas a preocuparte por un insignificante agente de publicidad?...

—¡Le quiero!

—¡Valiente tonta! Preocuparse por un hombre que no sabe si eres mujer o un artículo de

propaganda. ¿No ves que ese telegrama es para decirte que ha terminado contigo?

—Te digo que no lo creo.

—¿Que no? Bueno. El tiempo lo dirá. Además, el tiempo cicatriza todas las heridas.

—Yo no lo olvidaré.

—No lo digas tan alto.

Pero cumplió su palabra. Pasaron varias semanas y no supo olvidarle. En su alma vibraba la fuerza del amor de un modo inapagable.

Una tarde le telefoneó su amiga Mazie, quien le dió noticias del ausente.

—Un amigo de Monty, que viene de Chicago, dice que Larry no ha cesado de emborracharse... y que anda siempre danzando con cualquier cosa que lleva faldas... ¡Adiós, Fifi!

Profunda tristeza se apoderó de ella. No sabía olvidar al ausente que de modo tan inexplicable se había alejado... En tal estado de ánimo recibió la visita de Darrell.

—Quiero que cante la canción que cantó en la fiesta de Gabrare para la función de mañana. Aquello de quizás... tal vez... — le dijo el empresario.

—No... no quiero cantar eso en el teatro...

—¿Cómo no? Lo cantará usted. Debe usted cantarlo.

—Bien. Lo cantaré... Y a propósito, señor Darrell: ¿Sabe usted que no se me hace ya suficiente publicidad? ¿Es que se ha olvidado de mí?

—Nada de eso. Tengo un plan estupendo. Instalarla en Park Avenue.

—¿Cómo?

—Sí. Rodearla de ambiente aristocrático... En un palacio que podría ser el de Bill Webster, por ejemplo.

—No puedo comprender...

—Pues muy sencillo... Bill se va a Europa... a París... Usted ocupará su casa en su ausencia. Y todos nos aprovecharemos de la publicidad.

—No sé. No me parece bien — contestó ella, que no había soñado nunca con ser algo más que una amiga espiritual del millonario.

—¿No sabe usted a qué Bill va a París?

—No.

—A divorciarse.

—¿A divorciarse? Ni siquiera sabía que estuviese casado.

—Poca gente lo sabe. Han vivido separados muchos años, pero nunca había querido divorciarse hasta ahora... en que se ha enamorado de usted.

—No, eso no... Mantengo un culto a un ausente... y se lo guardaré.

—Espero que cambie de opinión... Pero, en fin, ello no será óbice para que, durante la ausencia del millonario, vaya a vivir en su palacio.

—No me parece muy correcto.

—La publicidad será extraordinaria. Piense en que de nuevo su nombre aparecerá en todas partes...

Ella acabó dejándose convencer. No se casaría con el millonario, pero en aras de la publicidad aceptaba el ir a vivir a su palacio. Y al

día siguiente se trasladó a la esplendorosa mansión.

\* \* \*

Monty se apresuró a telegrafiar a su amigo Larry:

*Acaso te interese saber que Fifi trasladóse al piso de Bill.*

El joven lanzó una maldición... Aquel telegrama venía a confirmar sus sospechas. Fifi no se casaría con el millonario, pero, en cambio, aceptaba sus favores. Y como eso significaba el deshonor de Fifi, sintió el anhelo de correr hacia ella para afeiarle su conducta, su bajo proceder.

Y al otro día se presentó en Nueva York y sostuvo con la artista, que al verle le había aedido cariñosamente, una violenta conversación.

—¡Yo, que me marché para no ser un estorbo... y que pudieras casarte con él!...

—Pero ¿qué piensas, Larry? ¿Es que vas a creer?...

—Me basta con lo que ven mis propios ojos. ¡Qué necio he sido... y qué equivocado andaba!...

—Ahora es cuando te equivocas...

—Bill no cede la casa así como así.

—Es para hacer publicidad... Darrell lo arregló todo... Bill se fué a París... En tu interior sabes muy bien que lo que piensas no es verdad.

—Sí, es verdad... Te has vuelto una cualquiera...

—Larry... Mi Larry... No quiero que pienses

eso. ¡Yo te quiero tanto!... ¿Por qué te fuiste sin despedirte... sin decir nada?

—Creí hacerlo por tu bien. Pero nunca pude sospechar que...

—¿Cómo podía ser por mi bien, estando lejos de mí? ¡Te quiero, Larry! Te lo prometo... y nadie más me importa.

—¿De veras? ¿De veras?

Renació la confianza en su corazón cuando apareció el millonario Bill Webster.

Bill no pensaba marchar a Europa; todo aquello había sido un pretexto para conseguir que la joven fuera a vivir a su casa. Una vez en ella, ya no podría volver a marchar... y sería su amiga, deslumbrada por el lujo que la rodeaba.

Al ver a Larry con Fifi, frunció el ceño.

Larry le contempló altivamente y la bella muchacha corrió hacia él.

—¿Pero no se embarcó usted?

—Eso es cuenta mía. Estoy en mi casa y necesito saber lo que hace usted en ella, Larry... Nada se le ha perdido aquí.

—Me importa mucho... Conque un asunto de publicidad, ¿eh? ¡Vaya una patraña infame! Adivino sus intenciones, malvado. Quería dejar usted en su piso a Fifi.

—¡Largo de aquí!

Larry intentó agredirle, pero el millonario le dió un formidable puñetazo y le obligó a salir.

Asustada, Fifi corrió a encerrarse en su cuarto y no quiso responder a las llamadas de Bill.

Tenía un miedo cerval, se daba cuenta de que

había caído en una celada y de que Bill no era el buen hombre que parecía.

Al fin se convenció de que el millonario había salido y marchó al teatro con el propósito de no volver jamás a la casa de Bill y abandonar el teatro si era preciso.

Ignoraba Fifi que Larry había sido víctima de una agresión que los secuaces de Bill, por orden de éste, le habían hecho poco después en medio de la calle. Gravemente herido, el pobre agente había sido conducido al hospital.

Cuando ella llegó al teatro, preguntó por Larry, teniendo el presentimiento de que le había ocurrido algo muy grave. Mazie la enteró de la verdad y de que había sido trasladado al hospital.

Quiso Fifi ir corriendo a verle, pero Darrell le suplicó que se quedara a cantar, pues el público ya se impacientaba por su tardanza.

—No, no... Primero es Larry...

—Ya tocan el preludio. Vaya al escenario. Yo le prometo que, aunque Bill mande otra cosa, yo la ayudaré. Pero vaya ahora a cantar. Si Larry supiera lo que ocurre, le diría que saliese.

Aquellas palabras convencieron a la joven, quien cantó varias canciones, y como último número aquella de "Quizás... tal vez...", que le evocaba directamente su amor. Y cuando terminó, sin recibir siquiera los aplausos del público entusiasta, corrió hacia el hospital, donde Larry comenzaba a renacer a la vida tras la bárbara agresión.

—¡Oh, Larry! Dime: ¿estás muy mal herido?

Una suave sonrisa pasó por los labios del doliente.

—No. En un periquete me pongo bueno...

—Sí, Larry, sí. ¿Me quieres? ¿Tienes confianza en mí?

—Toda. Ahora he comprendido las artimañas de que querían hacernos víctimas a los dos...



—¿Tienes confianza en mí?

—Larry... cuando estén bien... nos iremos lejos, ¿verdad?

—Sí, nenita, sí. Adonde no haya que hacer alardes de publicidad. ¿Me quieres de verdad? ¿No estoy soñando, nenita?

—No, no... Ahora estaremos juntos para siempre.

El sonrió:

—Tal vez... quizás...

Pero el beso de Fifi fué prenda de promesa eterna y de una unión inacabable ya...

F I N

Un buen consejo. Coleccione las publicaciones de **Ediciones BISTAGNE** :

Aventuras Films . . . . .	0'15 ptas.
La Novela Cinematográfica del Hogar . . . . .	0'30 >
Éxitos Cinematográficos . . . . .	0'50 >
Los Mejores Films . . . . .	0'50 >
Ediciones Especiales . . . . .	1'— >

**Ediciones BISTAGNE**

es garantía de buen gusto

**EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica, con éxito sin precedentes:

**El expreso fantasma**

por William Collier Jr., Sally Blane, etc.

**Al despertar**

por Ramón Novarro, Helen Chandler, etc.

**El robo de la Monna Lisa**

(LA GIOCONDA)

por Willy Forst, Trude von Molo, etc.

**La edad de amar**

Billie Dove, Charles Starrett, Lois Wilson, Mary Duncan, etc.

**S A L V A D A**

por Joan Crawford, Neil Hamilton, Clark Gable, Marjorie Rambeau, etc.

**Divorcio por amor**

por Ann Harding, Lawrence Olivier, etc.

**Corazones sin rumbo**

por Imperio Argentina, etc.

**Corazones valientes**

por Robert Montgomery, Madge Evans

---

¡Ediciones Bistagne publica  
siempre lo mejor entre lo mejor!

**¡No se deje sorprender!**

Exija siempre

**Ediciones Bistagne**

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

**Ediciones BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis  
Teléfono 18551 - BARCELONA

---